

Inteligencia y belleza

FRANCESCO DE NIGRIS *

En los últimos años de su larga vida, que casi se asomó a los cien años, Ramón Menéndez Pidal recibió frecuentes visitas de Julián Marías. Le recibía normalmente Jimena, la hija de don Ramón, que no podía esconder su alegría al verle, porque sus visitas devolvían al padre porciones de su mundo, en el que podía reencontrarse. “¡Con usted, Marías, mi padre vuelve a ser él mismo!”, ella le decía. En uno de estos últimos días, en los que la vida, acariciando la muerte, llega a postreras cuentas consigo misma, Menéndez Pidal mira al joven filósofo y con ingenua espontaneidad le pregunta: “¿Marías, cree usted que podré ver a los juglares?”. La respuesta revelaría la misma sencillez, aquella que brota auténtica de la vocación: “No sé, espero que sí, ¡y yo cuento con hacerle por lo menos cuatro preguntas a Aristóteles!”.

A pesar de la diferencia de edad, que alcanzaba los cuarenta y cinco años, las dos vidas se habitaban, cada una podía proyectarse auténticamente con la otra, reanudando trayectorias constitutivas de su realidad. Y esto es síntoma de verdadera convivencia, de aquella que

no le deja a uno solo, sino que realmente acompaña; y es síntoma también de la sensibilidad del verdadero intelectual, del que ha hecho de su vida entera un proyecto de comprensión.

Tengo que decir que desde hace tiempo esta palabra, “intelectual”, me produce cierta irritación, incluso antipatía; en general creo que es por su mal uso, en particular por su sobreuso. En efecto, de la amplitud semántica del concepto griego de *Nous* ha quedado vigente su idea de *intellectus* entendido como facultad o capacidad; en concreto como capacidad biológica de la especie, que se justifica hoy con las teorías genéticas — siempre es bueno recordar que no hay solo una—, lo cual lleva demasiadas veces a confundir la inteligencia humana con el ser listo, o con la habilidad que se muestra en ciertas dimensiones de la vida, o simplemente con la capacidad que uno tiene de responder con rapidez a ciertas situaciones entendidas como estímulo.

Es sorprendente la obstinación con la que se sigue simplificando la complejidad de la condición humana con visiones científicas de ella que, solo por su

* Doctorando. Becado de Investigación, U.C.M.

elementalidad, tienen más suerte de quedar socialmente vigentes. Las ciencias estudian porciones acotadas de la realidad toda que es la vida, y el peligro surge cuando desde ideas científicas se le pretende encontrar a la vida un sentido último. Domina entonces la tosquedad, la torpeza; y si uno pretende vivir en serio y hasta sus últimas consecuencias tales supuestos, cosa que naturalmente ocurre muy poco, domina la desesperación, el absurdo de un horizonte sin sentido. ¿Podría uno vivir si realmente tomara hasta sus últimas consecuencias la creencia que el amor o la felicidad no son más que el resultado de una reacción química? En realidad, cuanto más en serio uno se lo cree, tanto menos feliz se pone, lo cual ya demostraría que está confundiendo una consecuencia de la felicidad con su causa. ¿Podría realmente uno vivir pensando hasta sus últimas consecuencias que todo lo que ha amado a lo largo de su vida desaparecería cuando ésta, en cuanto vida biológica, termine? En realidad a ambas cuestiones muchos responderían, incluso con cierto sarcasmo, “¡que sí!”, y que de hecho lo piensan y siguen viviendo. Yo no dudaría de su buena fe, pero tampoco del hecho de que no se dan cuenta de que es su misma vida la que los protege de ese pensamiento, haciéndolo inaplicable hasta sus últimas consecuencias. Si pudiéramos realmente hacernos presente y en el mismo instante todo el contenido de nuestra vida, tal y como lo hemos vivido, con todo nuestro amor a todos nuestros amados, sin la distorsión de un principio frívolo con el que desde el presente, y sin consecuencias, se toma en cuenta, ¿podríamos en el mismo instante aceptar su desaparición? En realidad, la forma que la vida tiene de hacerse presente a sí misma, en definitiva, su estructura, impide que la idea de la muerte como aniquilación, así como cualquier otra que la vida pueda tener acerca de sí misma, se aplique a la vida toda tal y como la hemos vivido.

En efecto la vida, como dice inmejorablemente Julián Marías, es

teoría intrínseca, y la forma concreta con la que se posee o se hace presente en cada momento a sí misma no es total y perfecta, como imaginaba Boecio refiriéndose a la vida eterna, sino esencialmente imperfecta, y consiste en reinterpretación o reabsorción, como expresaba plásticamente Ortega. Los proyectos pasados confluyen en trayectorias que nos llaman o introducen al futuro; y el presente es el momento de la libre y responsable elección de ese futuro, de la vocación que va a ser nuestro presente. De ahí que la vida puede poseerse en distintos grados según la capacidad de quien vive de escuchar entre las llamadas que nos llegan del pasado, aquellas que más auténticamente nos constituyen y que nos revelan nuestra vocación. Hay que pararse a distinguir, diría Machado, las voces de los ecos. Por ello, cada proyecto, y la idea de la vida que proyecta, es siempre aprehensión desde una altura biográfica concreta, que no puede abarcar el contenido de la vida toda, y, sobre todo, su forma de abarcarla es la imaginación, que es, yo creo, la “facultad” más importante de la inteligencia. Cuando acepto la muerte como aniquilación, acepto su idea, pero no su realidad, que sería inaceptable y que llega a serlo cuanto más sustancia de nuestra vida ponemos imaginativamente en juego al pensarla.

Cuando pienso en la vida de Julián Marías, y en el privilegio que ha sido para mí participar en ella, me sigue asombrando su habitabilidad. Recuerdo que cuando leí sus memorias por vez primera, pronto me di cuenta que lo que esencialmente contenían eran personas. Y con esto no quiero decir que en vez de hablar de sí mismo hablara todo el tiempo de otras personas; sino que uno, al contarse, cuenta inevitablemente con las personas que le pertenecen, empezando por aquellas que más íntimamente le han permitido ser quien es. El cómo concreto y único en que las personas pertenecen a nuestra vida es lo que nos hace quienes somos. Cada persona, si queremos invertir los términos, es un método, camino o modo

para descubrir una porción única de nuestra realidad personal. Y ésta, yo creo, es una de las evidencias más importantes que nos transmite la filosofía de Julián Marías y su misma vida, tan acogedora y tan llena de amigos.

Si volvemos ahora a la inteligencia, entendida como facultad, entendemos que no es ésta la acepción del término que aclara la esencia de la realidad humana, pues los animales también son inteligentes, y en el momento en que nacen, gracias al instinto, lo son mucho más que los hombres, que llegan al mundo indigentes, absolutamente menesterosos e indefensos. Lo decisivo es la diferencia de proyecto, es decir, lo que cada uno pretende hacer con su inteligencia. Para el animal, integrar los instintos para cumplir con los fines y necesidades básicos que éstos dictan, ya que tienen que adaptarlos constantemente a las condiciones cambiantes de su ambiente. En el hombre, al contrario, los instintos prácticamente no existen; y al no proporcionarle los instintos el principio o los principios de su inteligencia, no tiene más remedio que utilizarla para encontrarlo constantemente uno. En otras palabras, mediante todo aquello que encuentra, sea esto su inteligencia, el color de sus ojos, la historia entera o las estrellas más lejanas, el hombre pretende encontrarse a sí mismo, pretende comprender lo que tiene que hacer, en definitiva, quién es. Eso hace que el sentido de la inteligencia en el hombre sea, concretamente, comprensión; siempre que se entienda esta palabra en toda su riqueza semántica.

El proyecto de la vida humana consiste en ir comprendiendo, en el sentido de pretender abarcar, abrazar o contener todo lo que le rodea, su circunstancia; pero, a la vez, la forma de contener su circunstancia es interpretarla, es decir, reobrar constantemente sobre ella poniendo en conexión sus elementos. El hombre no puede dejar de hacer, a la vez, ambas tareas significativas, que son una y la misma que es vivir. Pretende

contenerlo todo en su realidad, tenerlo todo consigo, pero la totalidad a la que pre-tende la tiene que alcanzar solo como irreductible y personal aprehensión, es decir, mediante la forzosa libertad de elegir los principios que permiten ordenarla, hacerla un todo sistemático en vista del principio último que lo comprende realmente todo: el Lógos, el Amor.

Es relativamente frecuente encontrar personas que son sumamente hábiles en algunas dimensiones de su vida. Tocar maravillosamente el violín, hacen cálculos matemáticos con asombrosa rapidez, componen maravillosas canciones o cuadros...; sin embargo, estos quehaceres revelan solo ciertas dimensiones de la inteligencia humana, en muchos casos la que se refiere mayoritariamente a las facultades, es decir, a recursos psicofísicos que encuentran una aplicación eficaz en las condiciones histórico-sociales en que se encuentran. (Dicho sea de paso, tendríamos que preguntarnos por las facilidades que una sociedad ofrece para que ciertas facultades que no deberían tener tanto eco, en efecto, lo tengan.) Que una persona sea inteligente en algo no garantiza que sea inteligente del todo, ya que la persona realmente inteligente es la persona comprensiva, la que pretende comprender su vida toda y en ella a las personas que la habitan. Podemos pensar en el ejemplo extremo del artista de sumo talento que, cuando se conoce, nos deja profundamente insatisfechos. “¡No es tan inteligente como su música o como su poesía!”, pensamos. Pero estos pensamientos nos introducen aquí de lleno en lo que ha estado asomándose a menudo a lo largo de toda esta reflexión, y que sin duda me ha llevado a empezarla contemplando a Julián Marías; me refiero al tema de la belleza en su sentido pleno de belleza personal. Al final nos reencontraremos con ella desde la altura filosófica que merece; sin embargo, ahora, quisiera volver sobre dos cuestiones que peligrosamente han quedado incompletas.

He dicho que el hombre carece de instintos que proporcionen el principio o los principios de su inteligencia, es decir, el porqué y para qué ser inteligente. Si el animal tiene dados estos principios, el hombre emplea su inteligencia precisamente en buscarlos, de suerte que vivir es elegir en todo momento cómo vivir. La vida, hemos dicho, es teoría intrínseca, lo cual quiere decir método hacia sí misma, forzoso y libre encuentro con uno mismo. Sin embargo, no queda aquí clara la dirección causal: ¿El hombre busca el sentido de su vida y, por eso, no tiene instintos o, viceversa, al no tener instintos busca qué hacer con su vida? La pregunta nos mete de lleno en lo que se ha llamado, con frase no poco equivoca y oscura, “evolución humana”. Ante todo hay mayor claridad cuando se la llama evolución biológica, ya que lo humano trasciende, como hemos visto, lo biológico; convendría más bien hablar de “la evolución biológica de la raza humana”, definición que pocas veces se usa. Luego está el problema del término “evolución”, que del verbo latino *evolvere* señala un despliegue circular de algo que está envuelto; en otras palabras, un desenvolverse de algo que ya estaba, ya existía y ya tenía los supuestos de su desarrollo. Hay que percatarse de que este concepto proyecta las teorías evolucionistas hacia un sentido que va más allá de lo que pueden demostrar, pues pretenden ser antropológicas.

La descripción de los cambios biológicos o genéticos de la raza humana no nos dice nada acerca de su origen y de su fin, esto es, de su sentido, del porqué y para qué los ha habido, lo cual, si se toma en serio, nos indica que tampoco puede decirnos lo que es humano, poniendo así en duda aquello mismo del que pretende hacer ciencia. Lo que quiero aquí decir es que cuando se encuentra un hueso o incluso un utensilio, se habla de resto “humano” casi sin pensar, o pensando sin poseer los supuestos filosóficos de lo que se piensa. La filosofía, en cuanto quehacer auténtico y radical de la vida humana, busca el principio y el fin de la vida, y es

de este principio o metafísica desde donde hay que interpretar qué es eso que encontramos y llamamos “realidad”.

La vida es una actividad intrínseca, en cuanto consiste en búsqueda de su mismo principio. Esto lo vislumbró Aristóteles cuando definió la filosofía como la ciencia buscada y cuando llegó a distinguir el movimiento en sentido estricto de la actividad o *enérgeia*. Si en aquél la sustancia obra en vista de un fin último ajeno a su esencia, de suerte que su realización o entelequia implica un cambio sustancial, la actividad no termina en otra sustancia sino constantemente en sí misma, ya que tiene en sí su propio fin. ¿Y cuál es el fin de la vida humana? Es la comprensión histórica, por parte de quien vive, de su realidad en la circunstancia; lo cual quiere decir, en primer lugar, que todo aquello que encuentro en mi vida es parte de mi realidad, y, en segundo lugar, que la porción más importante de mi realidad son las demás personas, ya que con cada una de ellas me descubro concretamente como quien soy, como persona. Y si entendemos el concepto de comprensión que arriba he indicado, como la idea más cercana al amor, podríamos decir que la persona, como sugiere Julián Marías, es criatura amorosa, porque su ser manifiesta en una actividad que es amante y, a la vez, amada.

La diferencia de la persona del animal, su inteligencia y su belleza, dependen de su capacidad de amar al prójimo desde el principio de amor más comprensivo que es capaz en cada momento de encontrar. En esta tarea cada uno se manifiesta como persona y Dios como primer Amado y primer Amante, principio y fin último del amor humano.

Recuerdo que una vez dije a Julián Marías, sorprendido por la instantánea capacidad con la que sus amigos se hacían a su vez amigos, que él actuaba como espíritu de esas amistades, y por eso, como ejemplo humano del Espíritu Trinitario. En efecto, el supuesto que permitía a cada amigo proyectarse

confiada y amorosamente hacia el prójimo, era su misma vida, que cada uno habitaba y reencontraba en el trato recíproco. La vida de Julián Marías, tan rica de realidad, tan comprensiva y amorosa, permite y seguirá permitiendo que muchas personas se comprendan en su ámbito, en su razón, así como la Razón o Lógos de Dios comprende a la humanidad en cada uno de los hombres.